

TU FARMACIA

La brisa meció sus blancos cabellos cuando dobló la esquina y la luz del sol le cegó, pero al adaptarse a la luminosidad, apareció en un lugar desconocido.

Sus ojos apagados escrutaron los edificios, los escaparates de las tiendas, cada detalle que le pudiera indicar dónde se hallaba. No reconocía las calles, ni los árboles, ni siquiera los semáforos. Se sentía perdido.

Nervioso, aceleró el paso avanzando raudo por las aceras buscando instintivamente en las fachadas algún indicio que pudiera ubicarle en aquella extraña ciudad.

Tras unos metros percibió que su respiración se agitaba por lo que se detuvo en un banco que había en la acera y apoyó sus manos en él para recuperar el aliento.

De nuevo contempló la calle intentando adivinar algún detalle que le hiciera recordar donde se hallaba, pero fue infructuoso. Se sentía muy solo, perdido en aquel lugar desconocido y de repente le vino a la mente aquella maldita palabra, "miedo".

Si al menos pudiera ver a alguien conocido podría preguntarle dónde estaba y quizás pudiera ayudarlo, pero no identificaba a ninguno de los transeúntes que deambulaban por su lado, por lo que su esfuerzo fue inútil.

Caminó como un autómata por la calle hasta que se topó con un escaparate adornado con tonos dorados que llamó su atención, se acercó y observó que el motivo central de la exposición era un espejo, se miró en él y contempló a una persona desconocida con piel ajada y con surcos arados por el tiempo que adornaban su rostro, remarcando sus ojos colmados de angustia.

Huyó de aquel escaparate como alma que lleva el diablo, confuso y aterrorizado, caminaba lo más rápido de lo que les permitían sus débiles piernas y sus pantuflas de cuadros.

La desesperación cortaba su aliento como un cuchillo afilado y su corazón latía tan fuerte que le retumbaba en su canosa y despejada cabeza.

De repente una sonrisa apareció en su rostro porque a unos cuantos metros vio algo que pudo identificar, era algo que le daba tranquilidad y confianza, un lugar que sin dudar relacionó con ayuda y buen trato, era una cruz verde que con sus destellos rítmicos iluminó su ánimo.

Como si fuera un ratón atraído por la música del flautista de Hamelin, sus pies se dirigieron hacia aquella hermosa cruz y entró en aquel amable local.

Se dirigió al mostrador blanco decorado con una serpiente enroscada a una copa y con voz entrecortada dijo:

- ¡Me he perdido!
- Hola, Pedro. Pasa y siéntate aquí, que ahora mismo voy a telefonar a tu hijo para que venga a recogerte.

Y en ese momento cesó el miedo. Y Pedro preguntó:

- ¿Dónde estoy?
- En tu farmacia.

Y los ojos de Pedro se llenaron de paz y de tranquilidad, sabiendo que en ese lugar estaría seguro porque estaba en su farmacia.